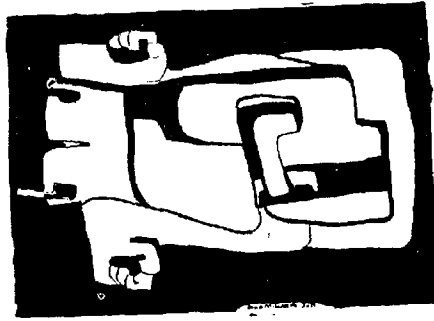


ENSAYO



.....
*llegar con la mano a esa capa finísima, casi incolora
ya del aire, donde están las ideas inéditas.*

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

PLÁTICA A LOS EXPLORADORES

Luis y Agustín Millares Cubas escriben esta plática dirigida a los exploradores de Las Palmas en 1916. Sorprende hoy leer su contenido. Medio siglo ha discurrido desde entonces. El papel y la tinta donde se ha conservado han contraído el tono fatigoso de las hojas de otoño, pero las palabras permanecen frescas, recién nacidas. Emanan calor actual las ideas que expresan sobre pedagogía y sociología. Se esboza en el escrito un magistral elogio del campesino canario, en donde se dice la verdad, con tan maestra y formidable sencillez, que pensamos sea lo más auténtico que contiene. A todo esto se agrega la delicada alusión a los instrumentos de trabajo de los dos abuelos ejerciendo influencia sobre el «obrero oscuro» y la alegría de la confianza en el porvenir de la humanidad.

En mis tiempos, en los tiempos de mi niñez —y yo también la tuve aunque os parezca raro—, no existía otro campo pedagógico que el colegio: salón de estudio para aprender la lección, aulas para recitarlas y un patio que por media hora resonaba con los gritos y las cabriolas de los muchachos. En aquel campo se sembraba la semilla y se enderezaban las ramas de los cerebros infantiles. ¿De qué clase era aquélla, cómo se desarrollaban éstas, en qué dirección crecían y qué sabor o qué perfume daban sus frutos y sus flores? Porque siempre, hijos míos, ha habido rosales y bananas, es decir, seres vegetales que dan flores y otros que dan frutos. . sin que esto quiera decir que el plátano sea un árbol despreciable ni el rosal un ser superior. No, ni mucho menos; esas son cosas que han hecho correr mis grandes amigos los poetas.

Algún día he de demostrarles que si en esta tierra del aislamiento, hay algo digno de ser estudiado, algo característico y propio de la región, es el campesino. Los demás son tipos vulgares, incoloros, sin relieve moral ni ar-

tístico, como pudieran encontrarse en otras tierras, pues al fin y al cabo, nuestra raza ha sufrido un *mestizamiento*, por contacto e invasión de otros pueblos. Así pasa siempre en los países marítimos.

Pero nuestro labrador es un indígena. Yo le veo, tierra de su tierra, figura tallada a golpes de un cincel bárbaro, de aristas angulosas, ancha la cerviz y doblada como los bueyes uncidos que tiran del arado, estrecha la frente, con profundas arrugas transversales como todos los seres lentos, tercos y limitados. Le veo frente a la tierra, sobre ella, enamorado y celoso, contemplando su seno, amándola al par como padre y esposo, golpeándola a mochas con la azada o acariciándola con la frescura del agua de las acequias, creyendo y confiando en el misterio de su entraña siempre renovado que hace brotar la simiente del pan—desdeñando por ella el mar... la senda que se ateja y se hunde en el horizonte, el camino que conduce a lo desconocido, a otros mundos, a otra vida, a otros ideales—, con sus ojos clavados obstinadamente en el surco estrecho esperando el brote primero del germen, volviéndolos sólo a la altura para contemplar el cariz de las nubes de lluvia o la lenta caravana de las estrellas que le marcan la hora nocturna y le anuncian el albor de la mañana.

Así veo el labrador canario y así lo considero el único valor de trabajo y de fuerza en la vida de este pueblo. Los demás—¡oh poetas amigos, hermanos en el ensueño, forjadores de la dorada y sutilísima mentira!—los demás son—somos—grillos que cantamos a las estrellas inaccesibles que no hemos de ablandar ni acercar.

Pero me he desviado de mi camino, y así temo que me ocurra más de una vez, en el discurso de esta plática.

Decía que en mis tiempos la educación de los chicos era el sistema de *Colegio-cerrado*. Un salón, el salón de estudio y cámara de tormento, una mesa en plano inclinado—la carpeta—, un banco de madera—el potro—. Y en él sentados, los antebrazos sobre el pupitre, en éste el libro o la pluma de escribir, según las horas reglamentarias, permanecíamos desde las seis y media de la mañana hasta las ocho de la noche, sin otra interrupción que las horas de 9 a 10 y de 3 a 4 destinadas a la comida y de 5 a 6 a jugar en el patio.

¡Me río yo de los obreros que se quejan de las ocho horas de trabajo! ¡Eran once las que aquellas pobres criaturas, de diez a doce años, pasaban en reposo y en silencio, los ojos sobre el libro, el cerebro entregado a la fatiga del texto, indigesto y oscuro! Y el castigo era aún mayor: los ciegos de nacimiento como nunca vieron la gloria del sol, se resignan a sus tinieblas; pero nosotros conocíamos la alegría del movimiento y de la palabra y de la libertad, había sido nuestra y no podíamos resignarnos a que nos la robaran.

Había dos horas mortales, eternas, durante las que tirábamos del libro como la mula rendida del carro en la última etapa del camino. Desde las 6 a las 8 de la noche, bajo la luz amarillosa de las lámparas de petróleo, era necesario preparar la lección del siguiente día.

Una fatiga inmensa se apoderaba de los pobres chicos, invadía una tristeza negra, cerrábanse los párpados, bailaban las líneas del libro, una torpeza invencible apoderábase del espíritu, que sólo se sacudía para implorar la marcha de las agujas del reloj.

En aquellas horas abominables algunos conseguíamos evadirnos... ¡Sí, señores, evadirnos, volar, olvidando la cárcel, el tiempo y la vigilancia del maestro! Dijéronme, pasados los años, que yo había sido un muchacho modelo, aplicado y respetuoso... ¡Mentira! ¡Yo era un hipócrita! Y mientras fingía estudiar ante la carpeta, frente al libro, mi alma entera se alejaba batiendo sus alas, esas alas, que todos poseemos plegadas a la espalda, invisibles, inmóviles y que, de pronto, al menor impulso, se estremecen, se agitan, se despliegan y emprenden el vuelo hacia las *etéreas salas* de que hablaba en verso el príncipe Segismundo.

Mi espíritu se evadía, volaba lejos del salón de estudio y forjaba los lances mil, novísimos y venturosos, de otra vida en que mi espíritu se desdoblaba, la novela de ensueño en que todos nos complacemos y en la cual nos forjamos héroes, guerreros, poetas, mártires o trovadores, según esté templada la lira romántica o según la influencia del último libro leído. Yo de mí, sé decir que por aquellos tiempos vivía dentro de la casaca de mosquetero de Mr. D'Artagnan.

Pero todavía existía algo más triste. Cuando incurría-

mos en falta, de las llamadas graves, se nos castigaba con el encierro dominical. ¡El domingo! Vosotros, los pequeños, sabéis entender mi emoción. ¡El domingo, un nombre que suena como un cascabel! ¡El día soñado y esperado durante las horas todas de todos los días de la semana de trabajo... los proyectos imaginados con antelación, la esperanza, la alegría, la libertad, el sol, el aire, los árboles, los caminos, las montañas, el mar!... (¡Oh, el mar sobre todo...!) ¡La gloria entera y magnífica de la creación de pronto anulada, aplastada por la pezuña pedagógica!

Y era de ver, fuera de aquel salón silencioso y casi solitario donde el inspector aburrido y benévolo se adormecía, cómo la naturaleza protestaba, nos provocaba y nos tentaba penetrando por la ventana con una cascada de rayos de oro y una bocanada de brisa del mar ofreciéndonos la dádiva de su hermosura, gratuita, espléndida como Dios la creó para que los niños la sorbieran dilatando sus pulmones y abriendo brecha en sus pupilas.

No crean ustedes que era culpa, crueldad o ignorancia de los maestros. Casi todos eran buenas personas y muchos eran inteligentes. Era el ritualismo de la religión pedagógica tradicional, triste y severa como todas las religiones que mortifican la carne o la desdeñan y enaltecen el espíritu.

Era necesario que los chicos estudiaran, que ganasen el curso, que obtuviesen calificaciones distinguidas y para todo eso, que era encanto de los pobres padres y gloria de los maestros, se necesitaba del silencio y del reposo. De allí la disciplina cruel para corregir y castigar el gesto picaresco, la palabra furtiva, la mirada que se distrae, la risa que de pronto estalla contagiando al infantil concurso.

Era un cultivo intensivo, el entrenamiento forzado de la inteligencia. Lo demás, los valores éticos y el desarrollo orgánico, eran cosas muy inferiores, indignas de la educación magistral. Era necesario crear sabios, presentar fenómenos, como esos pobres niños-pianolas condenados al asombro del público. ¡Desgraciado del que no tuviese memoria fácil o no lograra cultivarla! Ese habría de luchar en peores condiciones, gravar con lentitud de arado en el surco cerebral, letra por letra, el texto para poder competir con sus compañeros mejor dotados.

Para la mayor parte era trabajo de galeotes remando en el banco de la galera bajo la amenaza del látigo del capataz. Y sin embargo... ¡cuán fácil hubiera sido remar cantando, siguiendo la estela del mar, contemplando la rívera próxima donde habían de rendir viaje!

Yo recordaré siempre un año en que trabajé con gran esfuerzo al par que con regocijo. Tenía yo 12 años y estudiaba el segundo de latín. Era nuestro profesor don Diego Mesa y con aquel instinto y aquel tacto soberanos que tenía para descubrir y educar los chiquillos se propuso que trabajásemos los versos de Ovidio y de Virgilio. Nos pintó las dificultades del caso y lo grave de la empresa; excitó hábilmente nuestro orgullo y nos prometió el goce inefable de la vieja poesía latina, el perfume y el sabor de los campos virgilianos y la tristeza melancólica y doliente del poeta desterrado.

Yo odiaba el latín a través de la gramática de Iriarte; pero a pesar de ello emprendí como los demás la tarea sabiéndola y sintiéndola dura, difícil, casi imposible ante nuestro esfuerzo, quemándonos los ojos, torturando las páginas del diccionario, luchando con una cosa horrible que no sé si todos ustedes conocen y que se llama *hipérbaton*... Y la cumplimos al fin, y leímos con amor y con orgullo las églogas y la elegía de los dos inmensos poetas.

No he podido nunca olvidar yo, que desde niño he sentido mejor el dolor que la alegría del poeta, aquel

Cum subit illius tristissima noctis imago...

que nos parecía un grito de dolor humano lanzado en la extrema *Aussonia* y reproducido hoy por virtud de la eterna belleza en una estrofa inmortal.

En aquel tiempo, y por tal causa, remábamos en la misma galera, sobre el mismo banco... éramos esclavos..., pero el capataz en vez de ensangrentar nuestras espaldas con el látigo, entonaba la canción del viaje, de la tierra próxima, del reposo bajo los árboles del bosque, junto al cauce de los arroyos... era un himno de esperanza... y nosotros le seguíamos cantando y remando.

Vosotros, exploradores, habéis llegado en mejores días. Una nueva orientación se pronuncia en el régimen peda-

gógico que conduce al desarrollo integral, progresivo y paralelo de todas las facultades humanas. Ya, la función intelectual, aún siendo muy excelsa, no constituye el mayorazgo egoísta, absorbente del patrimonio y de la nobleza orgánica; junto a ella, del brazo, como hermanas, reclaman y obtienen nombre e influencia la función moral y la física.

Por todas partes y en tiempo relativamente corto, como si de antemano se sospechase el cataclismo europeo actual y febrilmente se quisiera preparar para el porvenir el carácter de los jóvenes, se estudia y se transforma el problema de la educación. Esta Asociación a que pertenecéis, es en mi concepto, uno de los organismos modernos más sanos y más recios de los que se proponen realizarlo.

Tomar el barro infantil, blando y obediente y plasmarlo en el sentido de las líneas de la justicia y de la fuerza, con manos cariñosas e inteligentes de padre y de maestro, hasta el endurecimiento definitivo y la fijación de los caracteres, es una concepción genial que por sí sola acreditaría todo el programa de esta Asociación.

La arcilla humana es un material inagotable, propio para todas las obras. Aun en los casos de impureza, su materia se presta a la afinación y esa otra tarea de reformación, de aprovechamiento de sustancias que hasta hoy se consideraban como inútiles o perjudiciales, constituye una obra tan grande como la anterior.

Hacer espíritus es un trabajo difícil de habilidad, de sensibilidad y de abnegación. Como el obrero mecánico que forja el hierro y le da con su esfuerzo parte de su sangre y de su carne, el educador de espíritus le da parte de su alma, al darles la verdad.

¿Y quién podría, en esta hora de la historia de la humanidad, hora de horror y de muerte, dar a esos espíritus que solicitan la verdad, la noción clara de los altos ideales, de las normas de nobleza que hasta hoy nosotros, los ilusos creyentes de la fraternidad humana, habíamos considerado como imperecederas? La guerra ha transformado todas las concepciones éticas, ha cambiado los valores morales, rebajándolos, enalteciéndolos, destruyéndolos. ¿Quién los conoce?

Aquellos ángeles de rostro severo y hermoso portadores de la justicia, de la verdad, del honor, del sacrificio;

aquellos otros, tiernos y humildes dispensadores del amor, de la caridad, de la piedad; aquellos otros, varoniles y serenos, guardadores del valor y del deber; aquellos otros trágicos y vibrantes poseídos por la fiebre de la abnegación y del martirio... se mezclan y se confunden con los otros hermanos rebeldes, los ángeles de las tinieblas, los dueños de la crueldad, de la mentira, del egoísmo, del odio, de la hipocresía, de la traición.

¿Quién podrá ofrecerlos como ejemplos dignos de noble virtud y de ejemplar enseñanza a la inteligencia y a la efectividad del niño, si esos mismos valores que fueron en la paz infamantes y criminales ahora son invocados por sus poseedores como timbres de honor y de nobleza? ¿Quién pudiera pensar que la crueldad se invoque como cumplimiento del deber, que el odio al enemigo, eterno e implacable, se considere como la más alta expresión de amor a la patria, que el alma que consideramos maldita y enferma, de los antiguos nihilistas, ahora al realizar las mismas hazañas, se imponga y con sangre, con los caracteres heroicos del martirio, que los bajos atentados del incendio, del robo, del asesinato de mujeres y niños, adquieran la belleza trágica de un sacrificio ante el altar de la patria en peligro? ¿No es ya la patria la tierra sonriente y luminosa, la diosa protectora del hogar, la madre legendaria y bella, la más bella de todas para sus hijos, sino una deidad sanguinaria y cruel, un Moloch insaciable que reclama víctimas humanas?

¿Será esta guerra el impulso que lance a la humanidad por la senda de sangre y de horror que creíamos cerrada para siempre? ¿La fuerza ancestral que salvó la vida de los primeros habitantes de este planeta en lucha con la hostilidad del medio y la acometida de las fieras, resurgirá de nuevo imponiéndose como la única virtud? ¿Habríamos de desaparecer los débiles a su zarpazo? ¿Habrá que empujar a los jóvenes al entrenamiento del cuerpo, a la exaltación de la energía, al culto de todas las virtudes guerreras? ¿Habrá que decirles que la fraternidad humana es un mito de poetas, que las puertas de las casas no sirven ya para que abran al llamamiento del hermano sino para cerrarlas en defensa de sus moradores, que los hogares, y los monumentos artísticos y los talleres y los cam-

pos no han de reconstituirse, que la patria invadida no volverá a ser de los miseros desterrados, que la ciencia que considerábamos como una religión está en bancarrota y sólo inventará materiales de destrucción y de tortura, que los obreros dejarán sus martillos sonoros y los campesinos fundirán el hierro de sus arados para construir proyectiles, que los barcos se inmovilizarán en las radas muertas, que se romperán los hilos que transmitían las palpitaciones sociales, que en la noche no volverá a encenderse la luz de los faros tutelares?

¿Qué decir a estos muchachos que esperan de sus instructores consejo y norma para la conciencia y para la vida? Si los viejos y los inteligentes y los poderosos se mueven y tropiezan en la sombra, si sus hombros se doblan bajo el doble peso de la responsabilidad y la tristeza ¿qué luz en vuestro camino ni qué esperanza en vuestro cielo podremos nosotros ofrecerlos, nosotros miseros aislados en la espantosa soledad de los mares?

Por eso os decía que es muy difícil encontrar instructores capaces de revelaros el sentido moral que ha de regir las sociedades al término de esta hora trágica de nuestra historia.

Pero yo no soy un instructor ni un maestro. Yo soy un abuelo. Yo entro, y entro alegremente, en el período de la chochez... puedo decir muchas cosas que otros no podrían decir sin responsabilidad.

Además fui siempre un romántico y un obrero oscuro. Sin duda viven en mí las almas de mis dos abuelos... aquellos a quienes ya me parezco: uno era carpintero, el otro músico. Y en mi cabeza siempre suenan confundidos, en un ritmo de soberana grandeza, la melodía del violoncelo de mi abuelo el músico con el golpe sonoro del martillo de mi otro abuelo el carpintero.

¡Abuelo romántico y oscuro! ¡Cuántas cosas podría decir sin responsabilidad, sin que dada esta mi condición actual se tomasen la pena de criticarlas las personas serias que se rien de los poetas y creen en la historia!

Yo os diría, como un cuento para despertar el interés de los pequeños e impedir que se durmiesen, que la vida del hombre no desaparecerá, que la hora trágica ha de pasar, que vendrá la paz y volverá la tierra a florecer, que

el alma humana saldrá ennoblecida y fortificada de la lucha, que la fraternidad que había huido a las alturas bajará a la tierra, se hará carne y vivirá entre nosotros... Yo os diría... pero ya basta... ya lo veréis por vuestros propios ojos.

Yo, desde que mi nieto me entienda... antes... desde que me quiera... le daré la primera lección pedagógica... le diré:

—Ama, hijo mío, ama. El amor gobernará al mundo.

LUIS Y ACUSTÍN MILLARES CUBAS